

dirnos que condensáramos la idea principal de un párrafo en una fórmula clara y útil.³

Ahora que soy profesora universitaria, me había olvidado de mis traumas con la lectura rápida hasta que empecé a dar una asignatura sobre las virtudes filosóficas de la ociosidad. El día antes de la primera clase, una estudiante llamó tímidamente a la puerta de mi despacho. «Soy de ciencias. Tengo muchas ganas de matricularme en su asignatura, pero no puedo dejar que mis padres sepan que me he inscrito en algo que, de hecho, no sirve para nada en el mundo real.» A continuación, me explicó que desde el parvulario, sus padres la habían presionado para que diera lo mejor de sí. Tanto si se trataba de violín como de chino, las actividades extracurriculares le darían ventaja a la hora de entrar en una universidad de prestigio. En su casa, el tiempo libre era tabú. Me abstuve de citar los *Cuatro Cuartetos* de T.S. Eliot:

Ni plenitud ni vacío. Tan sólo un parpadeo
sobre los tensos rostros domados por el tiempo
distráidos de la distracción por la distracción.⁴

3. *Ibid.*, p. 173. En su análisis de comentarios como los de Puppín, Carr lamenta que en el mundo de Google «apenas tienen cabida el silencio reflexivo de la lectura en profundidad o el vagabundeo sin rumbo de la contemplación. La ambigüedad no es una abertura a nuevas perspectivas, sino un fallo que hay que corregir. El cerebro humano no es más que un ordenador anticuado que necesita un procesador más rápido y un disco duro con mayor capacidad». [Salvo que se indique lo contrario, todas las traducciones de las citas corresponden al traductor de la presente obra.]

4. T.S. Eliot, «Burnt Norton», *Four Quartets*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co, 1943, p. 6. [*La tierra baldía, Cuatro cuartetos y otros poemas*,